


SUPLEMENTO POLÍTICO: 3/8

Un suspiro democrático

Por Marco Arellano Toledo

 2 de julio 2000: la
tarea pendiente

Por Diego Velázquez Caballero

 ¿La democratización
interrumpida?

Por Koldo Heria

PAN. El Pitufo Priista

Por Xochitl Patricia Campos López

I - IV

SUPLEMENTO POLÍTICO

DE EL INDEPENDIENTE

PARTE 3 DE 8

Un suspiro democrático

Por Marco Arellano Toledo*

Hace veinticinco años, México vivió su parteaguas democrático. Aquel 2 de julio del 2000, cuando el triunfo de Vicente Fox quebró siete décadas de hegemonía priista, el país no solo experimentó una alternancia política, sino que ingresó en lo que Octavio Paz llamaría "su adolescencia histórica". Como el joven que descubre súbitamente su singular existencia, nuestro país se asomó por primera vez al espejo de la pluralidad electoral. Esta revelación implicaba reconocerse como un nuevo ente político, liberado al fin del prolongado letargo autoritario. La democracia nació con la promesa de un futuro por construir y la fragilidad de quien da sus primeros pasos.

En la concepción de Paz, la adolescencia es ese instante único donde se toma conciencia. En la adolescencia uno toma cuenta de sí, se sabe solo, pero también se reconoce, cobra sentido la necesidad de una identidad, de un querer ser, querer saber, querer demostrar. Tras el año 2000, México adquirió abruptamente esa conciencia política. El sistema político dejaba de ser usufructo de un partido político único, para convertirse en territorio de incertidumbre compartida, por quienes veían en ese despertar, un nuevo camino para el país. Pero esa maduración de la conciencia nacional reveló también una profunda cantidad de retos, de reacomodos políticos, de buscar ser, hacer y saber. Los partidos políticos se mostraron incapaces de construir un nuevo orden social democrático. Acostumbrado a la tutela presidencial, el régimen político, que nunca se transformó, al encontrarse en la orfandad enfrentó la desorientación de quien ya no reconoce su reflejo.

México quedó suspendido en ese limbo adolescente entre la infancia y la juventud, asombrado ante gobiernos divididos y contrapesos reales. En las cámaras legislativas irrumpió un mosaico de fuerzas donde el axioma "el ejecutivo propone y el legislativo dispone" parecía encarnar la nueva ruta democrática. Pero este asombro pronto reveló su precariedad. México no supo capitalizar esa riqueza.

Los partidos, lejos de encauzar la transición a la democracia, solo se concentraron en disfrutar la alternancia. Esta transición debía ser un proceso prolongado y complejo que implicaba sustituir mecanismos de control político autoritarios por un régimen pluralista, basado en elecciones libres y transparentes; en la construcción de contrapesos constitucionales; la incorporación de los cuerpos intermedios de la política en la toma de decisiones; fomentar la participación política de la ciudadanía; reformar al Estado en clave democrática. La transición a la democracia no es un estadio que se alcanza de una vez y para siempre, sino un equilibrio permanente entre fuerzas y actores que modifican constantemente el escenario político. Por el contrario, la alternancia partidista fue simplemente el cambio de partido en el Poder Ejecutivo. Nuestra primera alternancia, materializada con la derrota del PRI, fue posible gracias a elecciones competitivas y confiables. La vía electoral y la alternancia generaron contrapesos al poder presidencial, pero no garantizaron cambios profundos, pues una alternancia per se no implica cambios relevantes ni consolidación democrática. Se convirtió en lo que Manuel Villa llamó "democratización de espuma" -existente en la cresta de la ola, pero que descuida la participación ciudadana en la base, el cambio de régimen y la reforma del Estado-. Así, pese a la alternancia, persistieron las prácticas del antiguo régimen (clientelismo, caciquismo y, sobre todo, el hiperpresidencialismo del que somos adictos). La alternancia dispersó el poder, pero no reconstruyó los vínculos entre ciudadanía, poder y política. La transición democrática nunca llegó.

Nuestros partidos políticos fracasaron en conducir nuestra adolescencia política. El PRI mutó en oposición sin proyecto regenerador; el PAN dilapidó su capital político; la izquierda se fragmentó. El despertar democrático no tuvo reflexión transformadora, fue apenas un cambio de elencos. ¿Por qué? Porque la democracia mexicana nació con un defecto congénito mortal: los partidos no estuvieron a la altura de la misma. Ya antes del año 2000, los partidos estaban en crisis, se caracterizaban por ser opacos, desconectados con la ciudadanía, interesados en el poder por el

poder. Nuestra alternancia no curó estas patologías, las heredó y exacerbó. Así, inauguramos una crisis permanente de partidos sin rumbo. Ninguno fue vehículo sólido para demandas ciudadanas o acuerdos de Estado.

El México de 2025, bajo el dominio hegemónico de MORENA, se asemeja peligrosamente al México previo al 2000. La narrativa de la "Cuarta Transformación" encubre una realidad prosaica: la concentración del poder en el Ejecutivo con una intensidad no vista desde el priismo clásico. Decisiones centralizadas, gobiernos estatales cooptados, poderes del Estado sometidos, recursos públicos como herramienta de control... MORENA es claramente una versión renovada del viejo PRI. Si bien, sus partidarios desarmen las acusaciones de autoritarismo comparándolo con regímenes dictatoriales típicos, mañosamente ignoran que el modelo mexicano de autoritarismo con el PRI fue siempre sui generis, pues existía un sistema híbrido con elecciones, partidos y prensa medianamente libre, pero todo controlado por y desde el poder. Si advertimos esta regresión autoritaria debemos precisar que es hacia ese autoritarismo particular del PRI -vertical, discrecional, nacionalista y de fachada plural-, ahora con un tinte populista polarizador. Cambiaron colores y discursos, pero la esencia del poder personalista, con débiles contrapesos, se ha restaurado.

El recorrido de estos 25 años revela una paradoja amarga, en la cual la alternancia partidista no consolidó la democracia, sino que facilitó -por el fracaso de los partidos y la falta de reforma del Estado- el retorno autoritario. La alternancia no construyó tampoco, las instituciones políticas necesarias para mejorar las condiciones de vida de la gente, lo que explica el desencanto y desdén actual hacia el modelo electoral que sí creó y del cuál parece ser su mejor resultado, el cual consiste en un andamiaje de reformas electorales que garantizaron alternancia partidista y respeto al voto, pero que redujeron la democracia a elecciones libres sin sustancia transformadora. La promesa democratizadora quedó incumplida también en ese sentido. Por ende, es posiblemente un error hablar de transición a la democracia. Más bien tuvimos un largo interregno de pluralismo



electoral frágil (2000-2021) y una democracia de baja intensidad acechada por el fantasma del pasado. La victoria de Claudia Sheinbaum y el control total de la 4T marcan el cierre simbólico de ese ciclo. No es continuación de la apertura democrática, sino su antítesis: demolición de los frágiles diques que contenían al presidencialismo.

En el largo arco de la historia mexicana, estos 25 años son apenas un mero suspiro democrático, caracterizado por un breve período de apertura mal gestionado que colapsó bajo sus contradicciones y la fuerza inercial del viejo modelo presidencialista. La responsabilidad no es solo de Morena o López Obrador. Es del PRI que no supo ser oposición ni renovarse; del PAN que dilapidó su capital político en doce años; del PVEM y PT que optaron por subsistir mediante alianzas oportunistas en vez de defender su programa; de MC, que redujo su propuesta a una melodía pegajosa; de algunas de las izquierdas, que compraron un sueño de restauración nacionalista en el que aún permanecen dormidas; y, en general, de una clase política cortoplacista.

Conmemorar el 2 de julio del 2000 no puede ser solo nostalgia. Debe ser reflexión crítica, la cual consiste en celebrar el valor cívico que hizo posible la alternancia, pero reconocer los errores

Conmemorar el 2 de julio del 2000 no puede ser solo nostalgia. Debe ser reflexión crítica, la cual consiste en celebrar el valor cívico que hizo posible la alternancia, pero reconocer los errores que la convirtieron en callejón sin salida hacia un autoritarismo renovado. La pregunta angustiante es si la mera alternancia sin reformas profundas nos devolvió al autoritarismo, entonces, ¿qué camino queda para una democracia verdadera? La respuesta exigiría algo radical que siempre estuvo frente a nuestros ojos y no quisimos ver, ni hacer: una auténtica reforma del Estado y su cultura política.

Hoy, el ciclo adolescente se cierra con regresión a la infancia autoritaria. La Cuarta Transformación reinstaló el presidencialismo omnipotente, reduciendo al Congreso a un apéndice y al Poder Judicial lo está convirtiendo en validador complaciente. El pluralismo del 2000 fue sustituido por un nuevo "ogro filantrópico" que reencarna en MORENA. México despertó a la conciencia en el año 2000, pero nunca completó su tránsito a la madurez democrática. La restauración autoritaria del 2024 es el precio de una adolescencia malograda.

***Marco Arellano Toledo es doctor en Ciencia Política. Profesor en el Centro de Estudios Políticos de la FCPYS en la Universidad Nacional Autónoma de México.**